

# MINISTERIOS SOCIALES EE. UU.

Suzanne Geaney

## *Breve Biografía:*

**N**ací la mayor de siete hermanos. Yo era la “religiosa”. Asistí a clase en colegios católicos. Mi primer contacto con los jesuitas fue el Colegio Holy Cross. Después de dos años de servicio en el Cuerpo Jesuita de Voluntarios, trabajé para la archidiócesis de Filadelfia. Cuando tenía casi treinta años decidí lo que tenía que hacer con mi vida. Me gradué en Trabajo Social en el Byrn Mawr College. He trabajado en la Provincia jesuita de Maryland durante 21 años. Ahora trabajo en un ministerio que comenzó la Provincia de Maryland, pero de dimensiones nacionales, el Cuerpo Ignaciano de Voluntarios Seglares. Mi marido, que no es católico, ha formado parte, durante los 21 años de nuestro matrimonio en el coro de la iglesia conmigo. Tenemos dos hijos, muy musicales y generosos, que consideran a muchos jesuitas como sus tíos.

## *Reflexión*

Mi primer contacto con el apostolado social tuvo lugar en 1968. Todavía recuerdo mi trabajo en un colegio, un centro graduado afro-americano, en una zona de nivel económico bajo. Me impresionó que tuviera muchos menos recursos que el centro donde yo había estudiado. Muy pronto contribuí al periódico del colegio, donde yo (y los otros redactores) nos centramos en las injusticias que veíamos dentro y fuera del colegio. Era a finales de los 60s, tiempo de elevada conciencia social en USA.

Yo me matriculé en el Colegio, donde mi padre había estudiado, y que había sido masculino hasta que comenzó allí mi promoción. El Colegio Jesuita Holy Cross

abundaba en oportunidades para aprender y para responder a las injusticias sociales. Los profesores nos animaban a ello. Su orientación fue realmente un gran regalo. Yo protesté ante las injusticias dentro y fuera del centro. Mi tema especial era el derecho de las mujeres. Asistí a todos los cursos en cuyos títulos se mencionaba la palabra “mujer”. Durante dos años recogí fondos para dar asilo a mujeres y niños en la ciudad. Eso me llevó a ser el primer miembro del equipo que vivió en el refugio, a partir de mi graduación.

En mi último año de colegio me sentí movida a tomar parte en el Cuerpo Jesuita de Voluntarios del Este (JVC). En el JVC los jóvenes pasaban un año, viviendo modestamente en comunidad, alimentados con la espiritualidad ignaciana y trabajando en una organización sin fines de lucro. Mi primer año lo pasé en Filadelfia, donde trabajé organizando el trabajo, principalmente sobre temas de vivienda. El espíritu, combativo y sin compromiso, del grupo en el que trabajaba no era alentador, y lo abandoné al año siguiente para trabajar, también en el JVC, en otra ciudad, donde me podía dedicar a los temas estructurales que eran la causa de la pobreza de la gente. Mi puesto pertenecía a la Oficina de Ministerios Sociales de la Provincia Jesuita de Maryland.

Lo que me satisfacía del JVC de Filadelfia era nuestra casa. El JVC viven normalmente en una casa o apartamento de una comunidad con bajos ingresos. Mis vecinos eran pobres, y muchas familias de puertorriqueños luchaban contra la violencia, las drogas, el crimen, la pobreza y el bajo nivel de las escuelas. Comprendí que la cultura común de nuestro país estaba con frecuencia enfrentada con los valores de las familias portorriqueñas que yo conocía. Muchas familias estaban prácticamente rotas por los conflictos. Después de un año en el JVC de Baltimore, volví a mi antiguo barrio de Filadelfia. Echaba de menos a mis amigos, que eran mis vecinos, y a los compañeros del coro de nuestra iglesia multi-étnica. Sentía un deseo intenso de volver a la comunidad que tanto echaba de menos.

Mis cuatro años siguientes en Filadelfia me ofrecieron un nuevo trabajo. Era la agente social de la parroquia. Una parroquia que se ocupaba de dos proyectos de viviendas, y al mismo tiempo de bastantes viviendas de clase media y alta. Me encantaba un trabajo que se dedicaba a tantas necesidades sociales. Trabajaba con gentes en situaciones de emergencia (falta de alimentos o cobijo), con ancianos confinados en sus casas, y con voluntarios de admirable generosidad. De hecho esos voluntarios y yo creamos una cooperativa, un club para comprar alimentos en la parroquia. Comprábamos alimentos frescos al por mayor, y los repartíamos según los

deseos de los miembros. Gentes de todos los niveles económicos se unieron al club, porque no había mercados cerca de la parroquia donde se ofrecieran alimentos frescos. Cada miembro se comprometía a trabajar varias horas al mes, exceptuados los ancianos confinados en sus casas, a los cuales les llevaban los alimentos otros miembros del club.

Tanto me gustaba ese trabajo que cuando intenté recibir internos que ayudasen en los ministerios sociales de la parroquia, el supervisor me indicó que necesitaba un master en trabajo social para ser supervisor. Me matriculé en un centro graduado, para un programa a tiempo completo y así conseguirlo. Dos años pasé yendo de las clases a los suburbios. Estudié principalmente política social y programas de desarrollo, mientras que por las noches me ocupaba, como tutor de adultos, en un programa G.E.D., en mi barrio. El GED es abreviatura de “General Equivalency Degree”, (algo semejante a Diploma de Colegio).

*“Amar con Actos  
de Servicio”*

La Iglesia en Filadelfia no animaba o enriquecía espiritualmente a los laicos. Mi vida espiritual estaba casi apagada. Quizás fue la razón más importante para que abandonara mi querida ciudad y volviese a Baltimore después de mi graduación. Me ofrecieron un puesto a través del Asistente Provincial para Ministerios Sociales en la Provincia jesuita de Maryland, el mismo cargo que había tenido durante mi año de JVC en Baltimore. Dos cosas me atraían fuertemente a ese trabajo: la oportunidad de dedicarme a temas de justicia estructural y la oportunidad de profundizar en mi espiritualidad ignaciana al trabajar junto a los jesuitas. Dos años en el cargo y me sentí llamada a hacer los Ejercicios según la Anotación 19 para entrar más de lleno en la espiritualidad de las personas con las que trabajaba. Por fortuna los terminé justo antes del nacimiento de mi primer hijo. (Más adelante hubiera sido del todo imposible hacer los Ejercicios).

Dieciocho años estuve trabajando en el apostolado social para la Provincia de Maryland, seguidos de otros tres años en la recogida de recursos para la Provincia. Durante ese tiempo Dios me bendijo con un admirable marido, dos hijos y numerosos jesuitas que han sido mis compañeros y amigos.

Mi trabajo en el ministerio social ha sido muy variado: ayudar a jesuitas y laicos que trabajaban directamente en los social, urgir a las corporaciones/sociedades de USA a actuar con más sentido social

responsable, facilitar préstamos con fondos de la Provincia para construir casas, o crear puestos de trabajo para los pobres, a nivel nacional o internacional, organizar programas de retiros espirituales estivales familiares para familias urbanas, que de otra forma no hubieran podido descansar y rezar juntos, facilitar a jesuitas y a sus socios seculares la ayuda legal en temas de legislación y de justicia. He gozado durante el trabajo de cada día. En los años 1990s mi colega, el Asistente de Pastoral y ministerio internacional me llevó a tres viajes internacionales, en los que visitamos a los jesuitas de Maryland y sus obras sociales, en lugares como Méjico, Chile, Bolivia, Argentina y Brasil.

Nunca olvidaré una de las visitas, que realicé mientras desempeñaba mi trabajo en los ministerios sociales en la Provincia. Un grupo de representantes del ministerio social de las Provincias de USA viajó a la ciudad fronteriza con Méjico, Juárez. Allí pudimos ver miles de chabolas, en basureros, donde vivía la gente. Sus "casas" eran apenas trozos de chapa. Y subsistían con lo que podían encontrar en la basura. El olor era nauseabundo (propio de un vertedero). Su aspecto reflejaba desesperación y abatimiento. Quedé hondamente impresionada y horrorizada de que permitiésemos que seres humanos vivieran así. ¿Cómo puede la economía de nuestro mundo permitir que cientos de millones de seres humanos pasen hambre todos los días?

En el año 1995 encontré la manera de llenar un hueco en mi formación personal. Yo no conocía realmente a Ignacio de Loyola y deseaba reparar esa falta. En 1996 el Provincial me concedió tres meses sabáticos para estudiar a San Ignacio y sus primeros pasos en la fundación de la Compañía de Jesús. Leí muchos libros, e hice Ejercicios de ocho días en el Centro Jesuita para el Crecimiento Espiritual. Los Ejercicios reanimaron mi espíritu y en ese ambiente adopté el Examen como forma primaria de oración.

Caminé adelante hasta el 2002. Dios había intentado ponerme en marcha y yo, finalmente presté oídos a su llamada. El resultado fue mi nueva tarea: Directora Ejecutiva del Cuerpo Ignaciano de laicos Voluntarios (ILVC). Este Cuerpo ofrece la oportunidad, a personas de 50 o más años, de servir materialmente a los pobres, de trabajar por una sociedad más justa, y de reflexionar y orar según la tradición ignaciana. Las personas, maduras, con experiencia y buen sentido, sienten que se les abren los ojos al relacionarse con los que viven en pobreza. Yo trabajo en guiar y fortalecer la organización, para que crezca internamente mientras sirve donde llama el Espíritu

Creo que este Cuerpo es el trabajo ideal para mí. Ofrece oportunidades que facilitan el avance espiritual. Aunque mi trabajo es solamente indirecto, con los miembros, es precisamente su formación la mayor fuente de alegría para mí. Soy testigo de su respeto a la dignidad de la persona. Nuestro boletín de noticias se llama “Amar con Actos de Servicio”, una descripción apropiada de nuestro programa, único y exigente. Necesitamos desarrollar más la conexión con los aspectos de justicia estructural de esos ministerios, y espero llegaremos a hacerlo.

Cuando dejé mi trabajo en la Provincia, me pregunté si había oído correctamente la voz de Dios en mi discernimiento. Mi trabajo es duro pero siento con tanta frecuencia un gozo tan intenso que estoy segura de que Dios me ha puesto precisamente donde estoy. Cuando no puedo ver a Dios, tengo a la familia, a los amigos, a los compañeros de trabajo, y a mi director espiritual, que me ayudan a reconocer donde está el Espíritu.

Mis mayores consolaciones han sido siempre las oportunidades de ser generosa . A quien mucho se le dio, se le pedirá mucho.